

CAPITULO CINCO

Como la falta de individualidad (es decir, el permitir la interferencia con la personalidad, y que dicha interferencia impida que se cumpla con las exigencias del Ser Superior) es de gran importancia en la producción de enfermedades y como a menudo empieza temprano en la vida, consideremos ahora la verdadera relación entre padre e hijo, maestro y alumno.

Fundamentalmente, el oficio de la paternidad debe de ser el medio privilegiado (y, de hecho, debe considerarse como divinamente privilegiado) de permitir que un alma entre en contacto con este mundo para el bien de la evolución. Si se entiende adecuadamente, probablemente no hay mayor oportunidad ofrecida a la humanidad que esta, la de ejercer como agente del nacimiento físico de un alma y tener el cuidado de la joven personalidad durante los primeros años de su existencia en la tierra. Toda actitud de los padres debe de estar encaminada a brindar al pequeño, recién llegado, toda la orientación espiritual, mental y física al máximo de su capacidad, recordando siempre que el pequeño es un alma individual que baja para ganar su propia experiencia y conocimiento, a su manera, de acuerdo con los dictados de su Ser Superior, y se le debe de dar toda la libertad posible para su desarrollo sin obstáculos.

El oficio de la paternidad es uno de servicio divino y debe de ser respetado tanto o tal vez más que cualquier otro deber que se nos pida que asumamos. Como se trata de un sacrificio, siempre tiene que tenerse en cuenta que no se le debe de exigir al niño

nada a cambio, el único objetivo es el de dar y sólo dar amor gentil, protección y guía hasta que el alma se haga cargo de la joven personalidad. La independencia, la individualidad y la libertad deben de enseñarse desde un principio y deben de alentarse, lo antes posible en la vida, para que el niño piense y actúe por sí mismo. Todo control parental debe de cesar paulatinamente en la medida en la que se desarrolle la capacidad de autogestión y, más adelante, ninguna restricción ni falsas ideas acerca del deber a la paternidad deben de obstaculizar los dictados del alma del niño.

La paternidad es un oficio en la vida que pasa de uno a otro y es, en esencia, una guía temporal de orientación y protección durante un breve período, tras el cual deben de cesar los esfuerzos y dejar al objeto de su atención libre para que avance solo. Recordemos que el niño, para el que podemos llegar a convertirnos en guardianes temporales, puede que tenga un alma mucho más vieja y grande que la nuestra y que espiritualmente sea superior a nosotros, de modo que el control y la protección deben de limitarse a las necesidades de la joven personalidad.

La paternidad es un deber sagrado, de carácter temporal y pasa de generación en generación. Trae consigo nada más que servicio y no exige de los jóvenes ninguna obligación a cambio, ya que se les debe de dejar libres para que se desarrollen a su manera y estén lo más capacitados posible para cumplir con el mismo oficio en unos años. Por lo tanto, el niño no debería de tener restricciones, obligaciones ni obstáculos parentales, sabiendo que la paternidad se le había otorgado previamente a su padre y a su madre y que podría ser su deber el desempeñar el mismo cargo para otro.

Los padres deben de estar particularmente en guardia contra cualquier deseo de moldear a la joven personalidad de acuerdo con sus propias ideas o deseos, y deben de abstenerse de cualquier control indebido o de exigir favores a cambio de su deber natural y del privilegio divino de servir como medio para ayudar a un alma a entrar en contacto con el mundo. Cualquier deseo de control o deseo de moldear la joven vida por motivos personales, es una forma terrible de avaricia y nunca debe de ser tolerada, ya que, si en el joven padre o madre esto se arraiga, en años posteriores se convertirán en verdaderos vampiros. Si se presenta el mínimo deseo de dominación, debe de controlarse desde el principio. Debemos de negarnos a estar bajo la esclavitud de la codicia, que nos compele a tener el deseo de poseer a los demás. Debemos de desarrollar en nosotros mismos el arte de dar y fomentarlo hasta eliminar, por su sacrificio, todo rastro de acción adversa.

El maestro siempre deberá tener en cuenta que su oficio es, simplemente, el de mediador para dar a los jóvenes la orientación y la oportunidad de aprender las cosas del mundo y de la vida, para que cada niño pueda absorber el conocimiento a su manera y, si se le da la libertad, elija instintivamente lo que sea necesario para el éxito de su vida. Nuevamente, por lo tanto, nada más que el cuidado y la orientación más gentiles se deben dar para que el estudiante obtenga el conocimiento que necesita.

Los niños deberían de recordar el oficio de la paternidad como emblema del poder creativo, es divino en su misión, pero que no exige restricción del desarrollo ni obligaciones que puedan obstaculizar la vida y el trabajo que les dicte su propia Alma. En la civilización actual es imposible de estimar el sufrimiento incalculable, el impedimento en la

naturaleza y el desarrollo de personajes dominantes, que produce la falta de realización en este hecho. En casi todos los hogares, los padres y los niños se construyen cárceles por motivos completamente falsos y una concepción errónea de la relación entre padres e hijos. Estas prisiones impiden la libertad, obstaculizan la vida, evitan el desarrollo natural y traen infelicidad a todos los interesados, y los trastornos mentales, nerviosos e inclusive físicos que afectan a esas personas forman una proporción muy grande de la enfermedad de nuestro tiempo presente

No puede uno darse cuenta, con la suficiente firmeza, de que cada alma encarnada está aquí abajo con el propósito específico de ganar experiencia y comprensión y para perfeccionar su personalidad hacia los ideales establecidos por el alma. No importa cuál sea la relación entre nosotros, ya sea esposo y esposa, padre e hijo, hermano y hermana o maestro y hombre, pecamos contra nuestro Creador y contra nuestros semejantes si obstaculizamos, por motivos de deseo personal, la evolución de otra alma. Nuestro único deber es el de obedecer los dictados de nuestra propia conciencia, y esto nunca, ni por un instante, afectará el dominio de otra personalidad. Que todos recuerden que su alma les ha dado un trabajo en particular que hacer y que, a menos de que haga este trabajo, aunque tal vez no conscientemente, inevitablemente generará un conflicto entre su alma y su personalidad que necesariamente reaccionará en forma de trastornos físicos.

Es cierto que el llamado de cualquier individuo puede ser el de dedicar su vida únicamente a otro, pero antes de hacerlo, debe de estar absolutamente seguro de que se trata de una ordenanza de su Alma y no de la sugerencia de otra personalidad dominante que esté intentando persuadirlo insistentemente o desviarlo con falsas ideas del deber. Permítanle

también recordar que venimos a este mundo para ganar batallas, para fortalecernos contra aquellos que nos puedan controlar y para avanzar hacia la etapa donde pasemos por la vida cumpliendo con nuestro deber silenciosa- y calmadamente, sin inmutarnos ni ser influenciados por ningún ser vivo, siempre guiados con calma por la voz de nuestro Ser Superior. Para muchos, su mayor batalla será dentro su propio hogar, donde, antes de poder obtener su libertad para ganar victorias en el mundo, tendrá que liberarse de la dominación y del control adverso de algún pariente muy cercano.

Cualquier individuo, ya sea adulto o niño, cuyo trabajo en esta vida dependa, en parte, de liberarse del control dominante de otro, debe de recordar lo siguiente: en primer lugar, hay que considerar a su aspirante a opresor de la misma manera que consideraríamos a un oponente en el deporte, como una personalidad con la que estamos jugando el juego de la Vida, sin el menor rastro de amargura y que, si no fuese por tales oponentes, careceríamos de la oportunidad para desarrollar nuestro propio valor e individualidad; en segundo lugar, que las verdaderas victorias de la vida provienen del amor y la gentileza, por tanto, en dicha contienda, no deberá utilizarse fuerza alguna: ya que al ir enriqueciendo continuamente su propia naturaleza, con simpatía, amabilidad y, si es posible, afecto o aún mejor, amor hacia el oponente, podrá evolucionar de tal manera que con el tiempo pueda seguir, suave y silenciosamente, el llamado de la conciencia sin permitir la menor interferencia.

Aquellos que son dominantes requieren de mucha ayuda y orientación para que puedan darse cuenta de la gran verdad universal de la Unidad y comprender la alegría de la Hermandad. Perderse de tales cosas es perder la verdadera felicidad de la vida, y debemos

de ayudar a esas personas en la medida de lo posible. La debilidad de nuestra parte, que les permite extender su influencia no los ayudará de ninguna manera; un gentil rechazo a estar bajo su control y un esfuerzo por hacerles comprender la alegría del dar, les ayudará al camino ascendente.

El alcanzar nuestra libertad, el ganar nuestra individualidad e independencia requerirá, en la mayoría de los casos, de mucho coraje y fe. Pero en las horas más oscuras y cuando el éxito parezca casi imposible, recordemos que los hijos de Dios nunca deben de sentir temor, que nuestras almas sólo nos dan las tareas que somos capaces de lograr y que, con nuestro propio coraje y fe en la Divinidad que llevamos dentro, la victoria debe de llegar a todos los que siguen luchando.